

2022: el año de la egiptología

Elizabeth Noreña

“¡Veo cosas maravillosas!”. Así exclamó el arqueólogo y egiptólogo inglés Howard Carter al momento de abrir la tumba de Tutankamón hace cien años. Asimismo, doscientos años atrás, hubo otra célebre exclamación: “*Je tiens l'affaire!*” (“Lo tengo”), frase expresada por el historiador, lingüista y egiptólogo francés, Jean-François Champollion, al encontrar la clave para el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia. Por esta razón, el año 2022 se engalana con dos efemérides únicas en el mundo de la egiptología.

El descubrimiento de la tumba del “Faraón niño” fue considerado el hallazgo arqueológico más importante del siglo xx debido a que la tumba tenía el sello real intacto en la puerta de uno de los santuarios de la cámara del sarcófago, lo cual demostraba que la momia del faraón no había sido perturbada, estando así libre de saqueos, y que los ojos de la humanidad contemplaban un legado milenario de una de las civilizaciones que más ha fascinado al hombre moderno.

Esta famosa tumba está situada en el Valle de los Reyes, su nomenclatura es KV62¹ y fue descubierta el 4 de noviembre de 1922. Howard Carter, con el apoyo de su mecenas Lord Carnarvon, descubrió bajo los restos de las viviendas de trabajadores de la época ramésida (esto protegió a la tumba de saqueos) y cerca de la tumba de Ramsés VI, la KV35, la tumba del faraón Tutankamón. Un dato curioso de este momento fue que Carter logró fotografiar algunas ofrendas florales que se desintegraron al tocarlas.

La tumba consta de cuatro salas y tenía muchísimos objetos del ajuar funerario en desorden. Carter tardó ocho años en vaciarla y trasladar las más de cinco mil piezas encontradas, incluida la máscara funeraria de Tutankamón hecha en oro macizo, obsidiana, lapislázuli, cuarzo, turquesa, cornalina y vidrio.

Fue en el año 1923 que Carter logró abrir la cámara interior y descubrió el sarcófago del faraón. Al momento de llegar a la cámara funeraria, estaba totalmente ocupada por una enorme capilla que escondía otras tres cajas similares. La última cubría un sarcófago que, a su vez, escondía tres ataúdes antropomorfos. Los dos exteriores, chapados en oro, y el interior, de oro macizo. Y la momia llevaba la famosa máscara funeraria ya mencionada.

La tumba no parece haber sido pensada en su diseño para un monarca; pareciera haber sido construida para un noble, y luego, de forma apresurada, adaptada para ser la última morada del rey. Esto se deduce del hecho de que sólo fueron pintadas las paredes de la cámara del sarcófago, a diferencia de otras tumbas reales en las cuales se puede observar una majestuosa decoración en todos sus muros con escenas del Libro de los Muertos.

Sin embargo, el sarcófago no pudo abrirse hasta un año después. Esta fue la primera excavación filmada en cine, y el fotógrafo del Museo Metropolitano de Nueva York, Harry Burton, trabajó con Carter diez años hasta catalogarlo todo.

Tutankamón hizo historia, no sólo por el hallazgo de su tumba y sus tesoros que desarrollaron una “fiebre por Egipto” en el siglo pasado, sino, además, por haber sido la pieza clave para restaurar el culto tradicional de los dioses. Su padre, el faraón Akenatón (Amenhotep IV) fue catalogado en la historia como el faraón “rebelde” o “hereje” debido a que determinó un cambio radical en la religión de los antiguos egipcios, consagrando el culto a un único dios, llamado Atón, representado con un disco solar. Este fue el único momento en el que el antiguo Egipto profesó una religión monoteísta. Además, fundó una nueva ciudad en Amarna, convirtiéndola en la nueva capital del estado, llamándola Ajetatón (“Akheta-tón”) que significa “El horizonte de Atón”. Hubo también cambios significativos en las manifestaciones artísticas, las construcciones y la forma de vida en general.

Fue gracias al “Faraón niño”, Tutankamón, que el orden pudo ser restablecido: el clero de Amón pudo, en su gobierno, volver a las antiguas formas, creencias, cultos y ritos, a la par de restituir la capital a la ciudad de Tebas.

Nuestra segunda efeméride de este año es el “Bicentenario del desciframiento de la escritura jeroglífica”. La piedra de Rosetta fue hallada el 15 de julio de 1799 por parte de un destacamento militar francés. La invasión francesa de Egipto, dirigida por Napoleón a finales del siglo XVIII, abrió las puertas al redescubrimiento de esta civilización milenaria desde el punto de vista científico, dando paso al nacimiento de la egiptología.

La pieza insigne de la expedición fue la piedra de Rosetta. Se encontró de forma accidental durante los trabajos de repara-

ción del fuerte francés de Jullien, cerca de la población de El-Rashid (llamada “Rosette” por los franceses). De Alejandría fue trasladada a El Cairo. La piedra de Rosetta es una gran estela de granodiorita con un decreto realizado en el año 196 a. C., bajo el reinado de Ptolomeo V. Como era habitual en este tipo de documentos, el texto fue redactado en las tres escrituras oficiales: jeroglífico, demótico y griego.

El texto de la piedra de Rosetta, en realidad, es una copia de un decreto aprobado por un consejo de sacerdotes egipcios que celebraba el aniversario de la coronación de Ptolomeo V Epífanos como rey de Egipto (la dinastía ptolemaica era una dinastía grecoparlante de origen macedonio que gobernó Egipto desde el siglo IV al I a. C.).

Jean-François Champollion dio un paso crucial para entender la escritura del Egipto antiguo cuando identificó los jeroglíficos que fueron utilizados para escribir los nombres de los gobernantes no egipcios. Champollion anunció su descubrimiento, basado en el análisis de la piedra de Rosetta y otros textos, en una publicación en la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (Academia de Inscripciones y Bellas Letras) de París, el 27 de septiembre de 1822.

De igual forma, es importante resaltar los estudios previos de otros expertos en la materia. En 1761, Jean-Jacques Barthélemy, lingüista, orientalista, arqueólogo y escritor francés, había sugerido que los signos enmarcados en cartuchos² debían de tratarse de nombres propios. No obstante, fue Thomas Young, físico inglés, quien dio grandes pasos en el desciframiento de los jeroglíficos. Hacia 1814 descubrió la similitud entre la escritura demótica y la jeroglífica y, además, reveló que la escritura jeroglífica era

mixta (fonética y logográfica). Más aun, siguiendo la sugerencia de Silvestre de Sacy, lingüista y orientalista francés, identificó el valor fonético de los nombres propios de los cartuchos con ayuda del texto en griego, presente en la piedra de Rosetta.

Por otra parte, Jean-François Champollion inscribió esta copia de la publicación con el significado alfabético de los jeroglíficos a su amigo Léon-Jean-Joseph Dubois, ilustrador y arqueólogo francés. Luego, Champollion hizo un segundo crucial hallazgo, al notar que los signos alfabéticos eran usados no sólo en los nombres extranjeros, sino también en los egipcios. Esto, sumado a su conocimiento del copto, le permitió leer inscripciones jeroglíficas completas.

El 14 de septiembre de 1822, Champollion se hallaba trabajando en una inscripción copiada del templo de Ramsés II en Abu Simbel. Champollion encontró en un cartucho un nombre real que no le resultaba familiar. El erudito francés reconoció los dos últimos signos como “s-s”. Teniendo en cuenta sus estudios anteriores en miles de textos jeroglíficos, Champollion vio que el signo precedente muy probablemente era “ms”. Faltaba el primer símbolo del nombre, que era un dibujo estilizado del Sol. El sabio sabía que en copto la palabra para “Sol” es “ra” (como el nombre del dios solar egipcio). Así, el nombre que tenía ante sus ojos podía leerse “Re-ms-s-s” (Ramsés).

Champollion continuó con sus estudios sobre los jeroglíficos, e incluso pudo viajar a Egipto. Pero su brillante carrera quedaría muy pronto truncada... Jean-François Champollion murió a causa de un ataque al corazón cuando tenía 41 años, en 1832. Su hermano, Jacques-Joseph Champollion, quedó devastado. En 1836, como homena-

je póstumo a su hermano, logró terminar y editar sus últimas obras, *Gramática egipcia* (1835-1841) y *Diccionario* (1842-1843). La obra *Manual de la escritura jeroglífica*, la había publicado Jean-François en 1824.

Notas

- 1 KV corresponde a las iniciales de King Valley que traduce Valle de los Reyes.
- 2 El cartucho era la figura ovalada donde se inscribían los nombres de los faraones. A partir de la V dinastía, el faraón ya tenía dos nombres sagrados más: el de nacimiento y el que hacía alusión al trono que ocupaba.

Bibliografía

- Carter, H. (1976). *La tumba de Tutankamón*, Destino, 338 p.
- Cervelló Autuori, J. (2016). *Escrituras, lengua y cultura en el antiguo Egipto*, UAB, 552 p.
- Robinson, A. (2021). *Cracking the Egyptian Code: The Revolutionary Life of Jean-François Champollion*, Oxford University Press, 272 p.
- Tyldesley, J. (2012). *La maldición de Tutankamón: la historia de un rey egipcio*, Ariel, 384 p.

Elizabeth Noreña Jaramillo. Licenciada en Lenguas Modernas, especialista en la Enseñanza del Inglés y en Literatura con énfasis en producción de textos e hipertextos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Magíster en egiptología del Instituto Virtual de Ciencias Humanas, adscrito a la Universidad Complutense de Madrid, desde 2019 es directora de egiptología Medellín, portal educativo para la divulgación académica y científica de la egiptología en Colombia: <https://egiptologiamedellin.com>.